

CARTA AL INICIO DEL AÑO PASTORAL 2019

Queridos hermanas y hermanos de la Diócesis de San Bernardo:

Con el inicio del tiempo de Cuaresma hemos también dado comienzo a los trabajos pastorales de este año 2019 y, como es costumbre, quisiera enviarles a todos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos, hombres y mujeres, más jóvenes o menos jóvenes, empeñados en el servicio del Señor en su Iglesia, unas palabras de saludo, aliento y orientación.

Un año marcado por el dolor

1. El que acaba de pasar, ha sido un año muy difícil y doloroso para la vida de la Iglesia en Chile y en muchas partes del mundo, en razón de la vergonzosa ocurrencia de delitos del abuso sexual de menores, de poder y de conciencia por parte de algunos sacerdotes y de los muchos ataques injustos a nuestra Iglesia y a miembros de ella. El Santo Padre, al final del encuentro sobre Prevención de abusos en Roma, en los últimos días de febrero, ha sintetizado la posición de la Iglesia en este tema diciendo que: *“estamos, por tanto, ante un problema universal y transversal que desgraciadamente se verifica en casi todas partes. Debemos ser claros: la universalidad de esta plaga, a la vez que confirma su gravedad en nuestras sociedades, no disminuye su monstruosidad dentro de la Iglesia”*, declarando públicamente: *“Quisiera reafirmar con claridad: si en la Iglesia se descubre incluso un solo caso de abuso —que representa ya en sí mismo una monstruosidad—, ese caso será afrontado con la mayor seriedad. Hermanos y hermanas, en la justificada rabia de la gente, la Iglesia ve el reflejo de la ira de Dios, traicionado y abofeteado por estos consagrados deshonestos. El eco de este grito silencioso de los pequeños, que en vez de encontrar en ellos paternidad y guías espirituales han encontrado a sus verdugos, hará temblar los corazones anestesiados por la hipocresía y por el poder. Nosotros tenemos el deber de escuchar atentamente este sofocado grito silencioso”*.¹ El camino está trazado y en nuestra Iglesia lo estamos siguiendo, aun cuando ello nos cueste dolores, vergüenzas, malos ratos, conflictos y privaciones: se trata de un tiempo de purificación personal e institucional, que requiere la ayuda de Dios, a quien pedimos, humildemente, fortaleza y audacia, para librar a nuestra Iglesia de males gravísimos que ofenden a Dios y dañan profundamente a personas y en especial a menores de edad.

Durante este año la Comisión Diocesana de Prevención de Abusos, conforme a un plan ya diseñado, seguirá con su tarea de trabajar en todos los ámbitos pastorales formando a las personas, de manera que siempre los ambientes y lugares donde desarrollamos nuestra misión pastoral sean sanos y seguros, y nuestros niños, jóvenes y sus padres, puedan confiar plenamente en la labor de formación de la Iglesia y de las personas que trabajan en ella. En este ámbito se remitirá a cada unidad pastoral un documento aprobado *ad experimentum* sobre buenas prácticas, que permite a quienes tienen responsabilidad en la Iglesia evaluar los lugares, espacios y ámbitos de trabajo

¹ Quien quiera escuchar traducido al castellano este importante discurso puede hacer click aquí: <https://netfe.cl/2019/02/24/santa-misa-y-discurso-conclusivo-del-papa-francisco-en-el-encuentro-sobre-proteccion-de-menores-en-la-roma-24-ii-2019/>

y adoptar, luego, las medidas para que cumplan con los estándares necesarios.²

Dios es el gran ofendido con nuestros pecados

2. Quisiera insistir en un aspecto de este tema que es esencial y que se olvida con facilidad. “El pecado es una falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; **es un faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo, a causa de un apego perverso a ciertos bienes.** Hierde la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana. Ha sido definido como “una palabra, un acto o un deseo contrarios a la ley eterna” (S. Agustín, Faust. 22, 27; S. Tomás de Aquino, s. th. , 1 - 2, 71, 6).(CEC 1846). **Por tanto, estos pecados y delitos gravísimos de algunos consagrados contra menores de edad son, antes que nada, una ofensa a Dios y particularmente a Nuestro Señor Jesucristo, porque desprecian gravementela redención y la gracia que nos han obtenido con su vida y su pasión y muerte por todos nosotros y escandalizan y hierde a los pequeños y a todos el pueblo de Dios.**El Cura de Ars, enseñó que “*podemos afirmar muy bien, que la Pasión que los judíos hicieron sufrir a Cristo era casi nada, comparada con la que le hacen soportar los cristianos con los ultrajes del pecado mortal [...]. ¡Cuál va a ser nuestro horror cuando Jesucristo nos muestre las cosas por las cuales le hemos abandonado!*” (Sermón sobre el pecado).

El ejemplo de los ninivitas que relata el libro de Jonás es un buen excelente camino para saber como hemos de reaccionar y qué hemos de hacer ante el pecado propio o ajeno.Durante tres días el profeta predicó la conversión y la penitencia, enviado por Dios, “*porque su perversidad ha subido hasta mi presencia*”, (Jn. 1,2.) (pienso que también hoy esa misma perversidad ha llegado a los ojos de Dios)y “*los ninivitas creyeron en Dios, proclamaron un ayuno y se vistieron con rudo sayal, desde el más importante al menor.La noticia llegó a oídos del rey de Nínive, que se levantó de su trono, se despojó del manto real, se cubrió con rudo sayal y se sentó sobre el polvo*”(Jn 3, 5-6). Es evidente que no todos habían pecado igualmente, pero todos hicieron penitencia, porque también entre ellos existía una comunión y las faltas y pecados de unos hacían padecer a todos, tal como ocurre hoy en la Iglesia con los pecados y delitos de unos pocos.Porque la Iglesia es comunión en la fe, la esperanza y la caridad: “*En la comunión de los santos "ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo"* (Rm 14, 7). “*Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte*” (1Co 12, 26-27).(CEC 953)

El desprecio de las enseñanzas del Señor Jesús, olvidarse de su mensaje y vivir ajenos al amor que nos ha manifestado por nosotros, puede hacer recaer sobre nuestra vida las palabras duras de Jesús: “*Los Ninivitas se levantarán en juicio con esta generación, y la condenarán: porque hicieron penitencia por la predicación de Jonás. Y he aquí en este lugar más que Jonás. La reina del Austro se levantará en juicio con esta generación, y la condenará: porque vino desde los fines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón. Y he aquí más que Salomón*”. (Mt 14, 41-42)

²http://www.iglesia.cl/prevenirabusos/documentos/Buenas_practicas.pdf

Un tiempo de verdadera penitencia

3. Por esta razón, **el tiempo actual debe ser un espacio de verdadera penitencia**, realidad esencial en la vida cristiana y en la enseñanza de la Iglesia, que no podemos olvidar.

La penitencia no es una obra exclusivamente humana, fruto de un fuerte dominio de sí mismo, que pone en juego todos los resortes del conocimiento propio y una serie de decisiones enérgicas. La conversión es primeramente una obra de la gracia de Dios que hace volver a él nuestros corazones: *“Conviértenos, Señor, y nos convertiremos”* (Lam 5,21). Dios es quien nos da la fuerza para comenzar de nuevo» (CEC, 1432). Esta penitencia, mediante actos virtuosos, no se queda encerrada en el interior del hombre, sino que fructifica en obras externas, poniendo en juego a la persona entera, cuerpo y alma. Entre ellas destacan, en primer lugar, las que están incluidas en la celebración de la Eucaristía y las del sacramento de la Penitencia, que Jesucristo instituyó para que saliéramos victoriosos en la lucha contra el pecado.

“La Escritura y los Padres de la Iglesia insisten sobre todo en tres formas: **el ayuno, la oración, la limosna** (cfr. Tb 12,8; Mt 6,1-18), que expresan la conversión con relación a sí mismo, con relación a Dios y con relación a los demás» (CEC, 1434). A esas tres formas se reconducen, de un modo u otro, todas las obras que nos permiten rectificar el desorden del pecado. Por el **ayuno** se entiende no sólo la renuncia moderada al gusto en los alimentos, sino también todo lo que supone exigir al cuerpo y no darle gusto con el fin de dedicarnos a lo que Dios nos pide para el bien de los demás y el propio. Con la **oración** aplicamos nuestras facultades espirituales – inteligencia, voluntad, memoria – a unirnos a Dios Padre nuestro en conversación familiar e íntima. Con la **limosna** compartimos el dinero, los bienes y el propio tiempo, dedicándonos a cuidar a los enfermos, perdonando a los que nos han ofendido, dando consuelo a quien sufre, y otras muchas manifestaciones de entrega a los demás.

Pido a cada uno y a todas las comunidades que mediten en este tema y tomen resoluciones comunitarias, familiares o personales, para hacer algún tipo de penitencia concreta por nuestros pecados y los pecados ajenos, especialmente los de consagrados que han herido gravemente a los menores.

No dejarse llevar por el espíritu de desolación

4. Conversando con el Papa Francisco, en el reciente encuentro del Comité Permanente de la Conferencia Episcopal en el mes de enero, acerca de todos estos acontecimientos, nos advirtió de un peligro siempre presente y de la necesidad de luchar para que no anide en nosotros ni en nuestras comunidades: el peligro de dejarse llevar por la desolación y los lamentos. Nos instó a vivir este momento entregados en las manos del Señor, trabajando con perseverancia y fidelidad, sin dejarse consumir por cualquier tipo de decaimiento espiritual. Transmito a todos estas mismas insistencias del Romano Pontífice, de manera que en cada uno se haga más fuerte la convicción de que es el Señor el que hace fructificar su viña, es Él quien da el incremento, y que nosotros somos los trabajadores que le ayudamos, con todas nuestras imperfecciones y pecados, contra los que luchamos, para extender el Evangelio. Sigamos la recomendación paulina: *“Así pues, hermanos míos amados, manteneos firmes, incommovibles, abundando siempre en la obra*

del Señor, teniendo siempre presente que vuestro trabajo no es en vano en el Señor"(1Co 15, 5). El paso de las semanas ha ido mostrando, tal como lo ha señalado en diversas ocasiones el Santo Padre, que con ocasión de todos estos hechos dolorosos se ha levantado, en diversas partes del mundo, un verdadero ataque y persecución en contra de la Iglesia y de los sacerdotes, cuya inmensa mayoría vive fielmente su sacerdocio.

Cuidar la unidad y la fraternidad

5. Quizá como los que encontraron a San Juan Bautista a las orillas del Jordán, nosotros también nos preguntemos hoy ¿y nosotros que hemos de hacer? Conocemos bien la respuesta. Ir al Señor, porque sólo Él tiene palabras de vida eterna. San Pablo nos muestra un camino necesario siempre y en especial en tiempo de dificultades: "*estarsolícitos en conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la Paz*" (Ef. 4, 3), sabiendo que, como enseña San Agustín "*el cemento de las piedras vivas es la caridad*" (Coment. sobre el Salmo 44).

Como nunca, hemos de cuidar la unidad entre los miembros de la Iglesia, procurando evitar todo aquello que la pueda dañar: comentarios, chismes, hacerse eco de críticas, etc. Luego, trabajar con intensidad en aquello que es la misión apostólica propia de cada uno: sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos. Hacer lo que se debe hacer y estar en lo que se hace, con alma, corazón y cabeza. En especial quienes tienen obligaciones de guiar a otros, han de esforzarse por escuchar con delicadeza a sus hermanos y hermanas, atenderlos pacientemente, confirmando a todos en la fe, mediante la propia vivencia de nuestra vida cristiana en el trabajo apostólico, profesional, familiar, etc. Hoy, como enseñó San Juan Pablo II, las personas quieren ver más que un Evangelio predicado, un Evangelio vivido a fondo por todos, pero especialmente por los ministros de la Iglesia y sus agentes de pastoral: que nos vean dedicados a lo nuestro, con un trabajo silencioso, muchas veces oculto, pero siempre sirviendo al Señor.

Para los sacerdotes, este tiempo es especialmente propicio para la administración del sacramento de la confesión, dedicando tiempos bien definidos en los cuales el pueblo de Dios nos encuentre dispuestos a escuchar, consolar y en nombre del Señor, dar el perdón divino. Pido a todos preparar con especial esmero y devoción la vivencia del Triduo Pascual, de manera que sea un momento de conversión de la Parroquia y de sus comunidades, y también de desagravio y de petición de perdón a Dios por los pecados de todos en la Iglesia.

Reanimar nuestro deseo de luchar por la santidad.

6. En estos tiempos es también muy oportuno arreciar en la oración, **pedir con fe que el Señor acorte este tiempo de prueba por el que pasamos**, siguiendo el consejo de la carta a los Hebreos: "*Acerquémonos con confianza al trono de la gracia para que recibamos misericordia, y hallemos gracia para la ayuda oportuna*"(4,16). El cuidado de la propia vida espiritual es siempre una necesidad, pero quizá ahora se hace más exigente que nunca. La oración diaria, el rezo del Santo Rosario, la Liturgia de la Horas, y sobre todo, la celebración o asistencia a la Santa Misa, son armas de las cuales nadie puede privarse, si quiere salir airoso de las dificultades, porque por estos medios – ordinariamente – nos llega en abundancia la gracia de Dios para perseverar y cumplir nuestra misión.

Reavivemos en cada uno y en los demás el deseo de la santidad. *“Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra. ¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales”*.(Papa Francisco. Gaudete et exultate 14).*“Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23). Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes[...].”*(Ibid, 15)

Como sabemos, siguen plenamente vigentes las Orientaciones pastorales 2017-2022 que marcan el rumbo a seguir de nuestras comunidades, parroquias y servicios pastorales y que debe ser el camino para tomar las decisiones acerca de las tareas prioritarias que se han de emprender en cada ámbito.³

Recorramos con alegría este nuevo año pastoral 2019, de la mano de nuestra Madre del Cielo, que siempre nos mantiene –si somos fieles– al lado de Jesús. *“En todo momento, la Virgen consuela nuestro temor, excita nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, disipa nuestra desconfianza y anima nuestra pusilanimidad”*, enseña nuestro celestial Patrono San Bernardo (Homilía en la Natividad de la Virgen María, 7).

Agradezco al Señor por cada uno y cada una, por su perseverancia esforzada y doy gracias por la fidelidad de todos sus trabajos y pido la bendición de Dios para nuestras vidas.

+ Juan Ignacio, Obispo de San Bernardo

San Bernardo, 19 de marzo de 2019
Solemnidad de San José, Patrono de la Iglesia Universal.

³Para consultar su contenido ir a https://issuu.com/revistaiglesiasbdo/docs/orientacion_pastoral_2017-2022_uv